

EL DISCURSO DE LA MEMORIA HISTÓRICA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Congreso “I+C Investigar la Comunicación”. Asociación Española de Investigación de la Comunicación (AE-IC). Estudios sobre el discurso: agendas temáticas en el periodismo actual. Número de comunicación aceptada: 390

Por Elena Yeste, doctoranda en Periodismo por la Facultad de Comunicación Blanquerna-Ramon Llull (URL) de Barcelona.

ABSTRACT: En esta comunicación pretendemos estudiar la presencia del discurso de la memoria histórica en los medios de comunicación. Partiendo de la reflexión de John B. Thompson en *Los media y la modernidad*, se analizará la conceptualización de los medios de comunicación como órganos de historización y, por tanto, de transmisión de la memoria colectiva, o el recuerdo compartido, en palabras de Avishai Margalit. En este sentido, se estudiará el concepto de la “historicidad mediática” de Thompson y las implicaciones que tiene la presencia del discurso sobre la memoria para una sociedad democrática: consideramos que los medios de comunicación tienen en este sentido una labor fundamental para la recuperación de la memoria y para edificar una sociedad consciente de su pasado, especialmente en cuanto se refiere al trauma que supusieron la Guerra Civil española y el advenimiento de la posterior dictadura franquista. Asimismo, se abordará el concepto de *revisionismo* histórico y su plasmación concreta en los medios hoy, en contraposición al concepto *negacionismo*.

INTRODUCCIÓN: EL MARCO SOCIAL DE LA MEMORIA

Para Maurice Halbwachs, la memoria individual y la memoria colectiva forman parte de un mismo fenómeno social, puesto que, bajo su consideración, la memoria o el recuerdo personal está siempre ligado a un contexto y, por lo tanto, a un marco social. Halbwachs señala, en este sentido, que dicho marco referencial de memoria está constituido por la experiencia y, en segundo lugar, por un conjunto de reflexiones, de forma que lo que entendemos por “marco de la memoria” es, asimismo, una “cadena de ideas y juicios”.¹

¹ HALBWACHS, Maurice. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004, pp. 326-328

Al trabajar con la memoria colectiva, historiadores y periodistas contribuyen con su labor a construir “presentes recordados” y, al mismo tiempo, logran fabricar una “conciencia colectiva” en base al recuerdo compartido por una determinada colectividad.² Recuerdo que otorga un sentido de identidad y de pertenencia al grupo, a la comunidad, a la nación. Le da un imaginario común, un imaginario simbólico heredado generación tras generación, con una continuidad lineal proyectada en el tiempo, que da sentido al presente y, a la misma vez, sienta las bases de un futuro en común.³ Avishai Margalit define a continuación qué es lo que cabe entender por recuerdo compartido:

“El recuerdo en común es un concepto que expresa una suma. Abarca personas que recuerdan un episodio determinado vivido por cada una de ellas. Pero si el número de quienes en el seno de una sociedad recuerdan un acontecimiento supera un determinado porcentaje (...) decimos que en aquella sociedad hay un recuerdo “en común” del acontecimiento. En cambio, un recuerdo “compartido” es más que un mero acumulador de recuerdos individuales: necesita de un entendimiento. El recuerdo compartido es también contrastado, objetivado, pues integra las diferentes perspectivas de los que lo comparten en una versión única o, por lo menos, en unas pocas versiones (...). Otras personas, que integran la sociedad pero que no se encontraban allí en ese momento, pueden ser incorporados a esa experiencia por las personas que participaron en los acontecimientos”.⁴

No obstante, “tenemos que respetar las memorias plurales y renunciar al intento de reducirlas forzosamente a una sola memoria única que borre todas las demás”. La Historia debe ser la suma de dicha multiplicidad de memorias, completa, compleja, poliédrica. Y es que “aunque no haya sino una historia, ella se traduce siempre en percepciones y memorias diferentes”.⁵ Con todo, el recuerdo compartido se tiñe de un “sentimentalismo” preocupante cuando se convierte en nostalgia, en el recuerdo nostálgico y la narración trágica de un tiempo que ya pasó. Con sentimentalismo, o con memoria a secas, no podemos hacer Historia en un sentido total. La memoria es siempre

² FONTANA, Josep. *La història dels homes*. Barcelona: Crítica, 2000, p. 353

³ Como escribió David Lowenthal, “toda conciencia del pasado se basa en la memoria. A través de la memoria recuperamos la consciencia de los acontecimientos pasados, distinguimos el ayer del hoy y nos aseguramos de que hemos experimentado un pasado”, en: LOWENTHAL, D. *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal, 1998, p. 282

⁴ MARGALIT, Avishai. *Ética del recuerdo*. Barcelona: Herder, 2002, p. 44

⁵ VON THADDEN, Rudolf. “Una historia, dos memorias”, en: BARRET-DUCROCQ, Françoise (ed.). *¿Por qué recordar?* Foro internacional “Memoria e historia”. UNESCO. Barcelona: Granica, 2002, p. 38

parcial, pues es subjetiva y se escribe en primera persona, ya se refiera a una persona individual o a un grupo. De esta manera,

“la nostalgia es una parte muy esencial del recuerdo compartido, aunque no sea un elemento tan inocente como tal vez se crea. Con la nostalgia se relaciona de forma indisoluble la tendencia a una representación cursi del pasado. (...) Uno de los elementos constitutivos de la nostalgia es el sentimentalismo. **Y el sentimentalismo es problemático en tanto que, en determinadas situaciones, falsea la realidad de una manera muy específica, que tiene también consecuencias morales. En el caso de la nostalgia, el sentimentalismo falsea el pasado por idealización.** Los hombres, los acontecimientos y las cosas del pasado se presentan como si los caracterizase la más pura inocencia (...). La nostalgia puede expresar una relación muy tierna con el pasado pero puede estar acompañada también de un sentimiento sumamente peligroso, a saber, que el recuerdo compartido del pasado es una pura cursilería”.⁶

Lo dijo Edward H. Carr: la función del historiador, y hoy añadiríamos la del periodista, “no es ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente”.⁷

LA NUEVA “HISTORIOGRAFÍA MEDIÁTICA”

El pasado es un asunto cada vez más presente en la *agenda* temática de los medios de comunicación. En el caso español, que es el que principalmente nos ocupa, entre los años 1996 y 2002 se produce lo que el historiador Francisco Espinosa ha denominado “el resurgir de la memoria”, hasta entonces “en suspensión” (1982-1996) y, previamente, sometida a una “política del olvido” (1977-1981), fruto directo de la Transición democrática. Para Espinosa,

“No fue precisamente hasta 1996 (...) cuando los medios de comunicación comenzaron a reflejar opiniones y propuestas relacionadas con la recuperación de la memoria histórica reciente (...). Pareció como si el cambio de Gobierno abriera para algunos un repentino interés por una memoria histórica antes inexistente. Muchas personas, algunas cercanas o integrantes del partido hasta entonces gobernante, sintieron la necesidad de ofrecer su opinión sobre el debate de la memoria, sobre la necesidad de recuperarla”.⁸

⁶ *Ibid.*, p. 54

⁷ CARR, Edward H. *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel, 1993, p. 71

⁸ ESPINOSA, Francisco. *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 129

No hay duda de que nos encontramos en tiempo de memoria, tiempo para el recuerdo. Tiempo para narrar. Y es en este preciso contexto que los medios de comunicación han desempeñado una labor fundamental e imprescindible como narradores e intérpretes de la Historia. Esto sucede y es así porque la memoria histórica es “modelada” por la experiencia vivida por las distintas generaciones, así como por “la idea” que éstas se forman del transcurso de la Historia.⁹ Y ¿Cómo se construye esta *idea* sobre la marcha de la Historia? Pues, básicamente, a través de los medios de comunicación. Son ellos quienes nos trasladan una determinada imagen de la Historia y quienes la reproducen para el público a través de un formato informativo o de entretenimiento. Como expuso John B. Thompson en su obra *Los media y la modernidad*:

“El desarrollo de los medios de comunicación ha dado lugar, de esta manera, a lo que podríamos describir como una *historicidad mediática*: **nuestra percepción del pasado, y nuestra percepción de las maneras en que el pasado afecta a nuestra vida actual, depende cada vez más de una creciente reserva de formas simbólicas mediáticas**”.¹⁰

Son ellos, los medios de comunicación, conjuntamente con la comunidad historiográfica, quienes terminan por explicar y escribir la Historia, sobre todo cuando se dirigen a aquellas generaciones que no la han vivido, y que, en consecuencia, no pueden tener memoria de ella. Puede que los más jóvenes tengan noción del pasado gracias a la memoria oral de padres, abuelos y hasta bisabuelos, y gracias a la evocación del recuerdo de la experiencia familiar y colectiva, transmitida y narrada, así, de generación en generación. De hecho, en un pasado no muy lejano, en las comunidades tradicionales la única forma de acceder al pasado era ésta: la transmisión oral. Hoy, los medios de comunicación de masas nos permiten no sólo saber qué sucede a diario con su relato trepidante de la actualidad, y qué le sucedió a nuestro país en el pasado, sino también conocer qué sucede hoy o qué sucedió ayer en otros puntos del planeta. Todo ello gracias a las nuevas sociedades de la información, en las que la información ha pasado a ser un valor en alza en un mundo cada día más global. Asimismo, en aquellas sociedades que han estado bajo influencia de una dictadura, pongamos por caso la española, durante el franquismo, la memoria no ha circulado nunca en libertad. En sociedades amenazadas así por el dogma del Estado, la memoria individual es reprimida, silenciada, anulada, y la Historia que se escribe es siempre la misma: la de

⁹ VON THADDEN, R., *Op.cit.*, p. 38

¹⁰ THOMPSON, John B. *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 55

los vencedores. Hasta la memoria colectiva tiene que ser la impuesta: la única memoria transigida es la suya, la de los ganadores, porque “quien cuenta la historia, quien recupera la memoria y conjura los olvidos, está forzosamente de un lado o del otro: está en la batalla, tiene adversarios, trabaja por una victoria determinada”,¹¹ tal como insistió Foucault. Así, pues,

“el postulado de que la historia de los grandes contiene *a fortiori* la historia de los pequeños, el postulado de que la historia de los fuertes acarrea consigo la historia de los débiles, va a ser sustituido por un principio de heterogeneidad: **la historia de unos no es la historia de los otros. (...) Va a saberse que lo que es victoria para unos es derrota para los otros**”.¹²

Los canales de acceso a la información se han multiplicado y diversificado. En consecuencia, actualmente, la Historia se puede explicar *de muchas maneras*, porque existen múltiples canales preparados y dispuestos para ello, pero, además, se explica *a través de muchos más canales* que en el pasado. Tal como observó el filósofo italiano y uno de los principales teóricos de la posmodernidad Gianni Vattimo, “la radio, la televisión y los periódicos se han convertido en componentes de una explosión y multiplicación generalizada de las *Weltanschauungen*: de las visiones del mundo”.¹³ La Historia se ha convertido en un tema muy recurrente en la agenda mediática, excesivamente recurrente, casi omnipresente, podría incluso decirse. Tanto que algunos autores han hablado ya de una hipotética “sobreabundancia” de memoria, y por lo tanto, de un *abuso* de memoria,¹⁴ hecho que podría suponer una terrible “amenaza” para la Historia y para la memoria colectiva, apunta Tzvetan Todorov.

Es la idea que resumió Paul Ricoeur en la siguiente reflexión: “El deber de la memoria hesita continuamente entre uso y abuso porque su proclamación permanece cautiva del *síndrome de obsesión*”, que surge como consecuencia del retorno de aquello oprimido: “sí [subrayaba, en este sentido, el mismo Ricoeur], la manera como el deber de memoria se proclama puede pasar por abuso de memoria”.¹⁵ Y es que, en muchas ocasiones, el “exceso de pasado” puede despertar tanta polémica como la negación del pasado: por ello, “sería preciso que fuésemos capaces (...) de aprender a vivir con lo irreparable. Tenemos que tomar conciencia de la necesidad de vivir en el presente con

¹¹ FOUCAULT, Michel. *Hay que defender la sociedad*. Madrid: Akal, 2003, p. 51

¹² *Ibid.*, p. 65

¹³ VATTIMO, Gianni. *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1996, p. 79

¹⁴ TODOROV, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000, p. 15

¹⁵ RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003, p. 122

los conflictos de la Historia, sin confiar en que podremos resolverlos mediante un exceso de memoria y una constante insistencia sobre el pasado”.¹⁶ Por su parte, Manuel Cruz ha planteado que

“Este permanente retorno del pasado genera, por lo pronto, un primer efecto sobre nuestra forma tradicional de relacionarnos con lo sucedido. **La memoria, con tanta repetición, va perdiendo su aura.** (...) El alcance del cambio va mucho más allá del mero hecho de que el pasado haya adquirido una nueva coloración: el cambio afecta, si se puede hablar así, a su propia naturaleza. **Que todo se re-presente una y otra vez, que en cierto sentido nada desaparezca por completo impide seguir pensando en el pasado de la misma manera que antaño. Este pasado sin pátina, sin aura, termina siendo no un pasado-pasado (esto es, abandonado, superado), sino una modalidad, apenas levemente anacrónica, del presente**”.¹⁷

¿Pero cuáles son los riesgos que, concretamente, plantea la anterior consideración? El profesor José F. Colmeiro señalaba los siguientes:

“La obsesión conmemorativa es indicativa de una memoria museológica, *fetichizada* y consumible, que enmascara su propio simulacro de memoria. **La saturación de memoria provoca la indigestión, y por ello es enseguida *devuelta*, ya consumida y desechada como artículo de fuera de temporada o detritus de la Historia, del escaparate virtual al cuarto de atrás, al ropero, otra vez *de vuelta al archivo***”.¹⁸

En paralelo a la tradicional historiografía profesional y académica, ha surgido lo que el profesor Francisco A. Martínez Gallego ha denominado una nueva “historiografía mediática” que, “por su repercusión a través de la comunicación de masas, es capaz de matizar, minimizar y hasta modificar el impacto social de la primera”, esto es, de la historiografía académica:

“Por más que la asunción de un discurso mediático –una película, una serie televisiva documental o de ficción con base histórica– sea siempre un híbrido entre el discurso en sí y las características morfo culturales del receptor, lo que hemos denominado historiografía mediática contribuye de forma decisiva a la configuración de la memoria social. Sobre todo si [el conocimiento histórico aprendido en las aulas] va en

¹⁶ ROUSSO, Henry. “El estatuto del olvido”, en: BARRET-DUCROCQ, *Op.cit.*, p. 90

¹⁷ CRUZ, Manuel. “El pasado en la época de su reproducibilidad técnica”, en: CRUZ, M. (ed.). *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 2002, p. 21

¹⁸ COLMEIRO, José F. *Memoria histórica e identidad cultural. De la posguerra a la posmodernidad*. Rubí: Anthropos, 2005, pp. 34-35

la misma dirección discursiva que el guión narrativo del producto audiovisual o de la prensa de masas”.¹⁹

Según nuestra consideración, existe un relato histórico, consensuado por la comunidad historiográfica, y, a su vez, un relato mediático de la Historia. Sin embargo, ambos persiguen un mismo objetivo: narrar, describir e interpretar con la mayor precisión y exactitud posible los hechos del pasado, para que quede constancia de ellos en el futuro y para que las nuevas generaciones que no han vivido esos hechos sean capaces de revivirlos a través de su representación simbólica: “ciertamente, existen muchos hechos, bastantes detalles de ciertos hechos, que el individuo olvidaría, si los otros no los conservaran para él. Si bien la sociedad sólo puede existir si los individuos y los grupos que conviven en su seno, poseen puntos de vida comunes”.²⁰

Autores como Krzysztof Pomian ven más bien pocas diferencias entre la función que desempeñan un historiador y un periodista:

“Impossible, en effet, d’édifier aujourd’hui une muraille infranchissable, entre, d’un côté, un journaliste qui étudie les archives publiques et privées, dépouille la presse d’époque, plonge dans les mémoires du temps, les annuaires statistiques et autres publications officielles, enregistre des entretiens avec les acteurs des événements, et, de l’autre côté, un historien du temps présent. **L’un et l’autre procèdent d’une façon similaire, même s’ils présentent ensuite les résultats de leur travail sous des formes différentes, ce qui, d’ailleurs, n’est pas forcément le cas**”.²¹

En cualquier caso, el hecho es que la Historia ocupa hoy un espacio muy destacado en los *media*, sobre todo en la televisión, ya sea a través de documentales o reportajes, o programas de memoria histórica, que cuentan casi siempre con la participación de testimonios. Por otra parte, también “la pequeña pantalla se [ha convertido] en el historiador autorizado que invita a una vasta audiencia a tomar parte de la crónica de la modernidad”:²² es lo que se conoce como Historia del tiempo presente. ¿Cómo se fabrica la Historia del presente en televisión? Muy fácil: como sostienen Daniel Dayan y Elihu Katz, “la opción está entre adoptar un papel agonístico, tratar el acontecimiento

¹⁹ Francisco A. Martínez Gallego, en: BORDERÍA, Enrique. “Los medios audiovisuales y la historia: memoria del franquismo y la transición en la serie “Cuéntame cómo pasó””, *Aula, historia social*, núm. 15, primavera 2005, p. 54

²⁰ HALBWACHS, *Op. cit.*, p. 336

²¹ POMIAN, Krzysztof. *Sur l’histoire*. París: Gallimard, 1999, pp. 388-389

²² DAYAN, Daniel; KATZ, Elihu. *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1995, p. 67

como una noticia e incluirlo en un informativo, o bien entrar en la modalidad del ceremonial y convertirse en testigo del acontecimiento”.²³ Cuando se da esto último, es decir, cuando se participa de una “coronación” conmemorativa, no es que la televisión sea un “sustituto” de la realidad cotidiana, sino que

“esos grandes acontecimientos [que, más tarde, pasan a formar parte de la Historia] puede que tengan su efecto primordial, y desde luego obtienen su puesto en la memoria colectiva, no en la forma en que fueron escenificados originalmente, sino en la forma en que fueron retransmitidos. **Muchos acontecimientos quedan radicalmente transformados por la televisión, y a menudo se hacen irreconocibles para aquellos que asistieron a ellos en persona. Mayor razón, por consiguiente, para preocuparse del modo en que se escribe el guión del acontecimiento**”.²⁴

La consecuencia de que los medios de comunicación participen en la construcción de un “acontecimiento” *histórico* es la que recogemos a continuación, y es que los acontecimientos mediáticos “editan y reeditan” la memoria colectiva:

“[Y] así, **los acontecimientos mediáticos y su narración compiten con la escritura de la historia en lo que se refiere a la definición del contenido de la memoria colectiva.** Su carácter quebrantador y heroico es lo que realmente se recuerda, pese a los esfuerzos de los historiadores y los científicos sociales por percibir continuidades y por ir más allá de lo personal. Además, los acontecimientos ceremoniales son citados constantemente en forma de evocaciones o en forma narrativa en la televisión misma, y se abren paso hasta filmes, miniseries históricas o seriales contemporáneos.”²⁵

REVISIONISMO

La labor que realizan la comunidad historiográfica y los medios de comunicación es eminentemente *revisionista*, en el sentido de que “los acontecimientos se reescriben continuamente y se reevalúa su significación a la luz de la información posterior”,²⁶ pues “a menudo nos vemos obligados a revisar nuestras opiniones referentes al significado de un episodio a la luz de lo que sucede posteriormente”.²⁷ Porque, “de forma contraria al estereotipo del pasado que se recuerda como si estuviera fijado de un modo inmutable, los recuerdos son maleables y flexibles; lo que parece haber ocurrido

²³ *Ibid.*, p. 79

²⁴ *Ibid.*, p. 68

²⁵ *Ibid.*, pp. 169-170

²⁶ DANTO, Arthur C. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós, 1989, p. 45

²⁷ *Ibid.*, p. 41

sufre un cambio continuo. Realzando ciertos acontecimientos en el recuerdo, los reinterpretemos a la luz de la experiencia posterior y de la necesidad del presente”.²⁸ Sin embargo, el concepto de *reversionismo* tiene una connotación especialmente negativa, pues se asocia con un uso ilegítimo e indebido de la Historia, y es que, tal como advirtió Fontana, la Historia, “en malas manos”, puede convertirse en una “temible arma destructiva”.²⁹ Pero a dicho uso inapropiado de la Historia cabría definirlo con otro término: el *negacionismo*. Porque una cosa es revisar, y otra muy diferente es

“negar o tergiversar gran parte de los datos que otros historiadores con rigor han investigado, simplemente porque no comparten sus relatos y tratan de imponer de esta manera sus propias interpretaciones. El término adecuado para referirse a ellos es el de “negacionistas”. Pues nadie tiene derecho a recriminarles que nieguen validez a interpretaciones consensuadas del pasado reciente, es decir, a que revisen; en cambio, son “negacionistas” porque niegan todo conocimiento factual que no avale sus propias interpretaciones. Es decir, siendo ilegítimamente negacionistas pueden ser en cambio legítimamente revisionistas”.

Según Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León,

“Confundir *reversionismo* con *negacionismo* no sólo implica equivocar dos planos epistemológicos, el del conocimiento de los datos y el de su evaluación en los relatos; también supone poner bajo sospecha cualquier replanteamiento de la epistemología instituida entre los historiadores. **Pese a lo que sostienen algunos investigadores de la guerra de 1936, la revisión constante de nuestros relatos no es una manera de cuestionar ciertos datos: simplemente supone la reevaluación y reordenación de éstos, algo que, por otro lado, se viene haciendo desde el mismísimo final del conflicto. Este empleo degenerado del término “reversionismo” no nos ayuda a dignificar la reflexividad crítica que nos compete no sólo como historiadores, sino como ciudadanos**”.³⁰

CONCLUSIONES

Los medios de comunicación tienen una gran responsabilidad social en cuanto se refiere a la recuperación de la memoria histórica y a su divulgación. Con su trabajo, los medios de comunicación deben, en la medida de lo posible, dar a conocer nuestro pasado más

²⁸ LOWENTHAL, *Op.cit.*, p. 301

²⁹ FONTANA, *Op.cit.*, p. 353

³⁰ IZQUIERDO MARTÍN, Jesús; SÁNCHEZ LEÓN, Pablo. *La guerra que nos han contado: 1936 y nosotros*. Madrid: Alianza, 2006, pp. 302-303

reciente, especialmente en lo referente al trauma que supusieron la Guerra Civil (1936-1939) y el posterior advenimiento de cuarenta años de dictadura franquista en nuestro país, ya que, como ha señalado Thompson, nuestra percepción del pasado depende, cada vez más, de las “formas simbólicas mediáticas”, esto es, de su representación mediática. Así pues, historiadores y medios de comunicación deben adoptar, respectivamente, una postura de “compromiso” con la Historia: se trata de un “estilo” de afrontar el estudio del pasado, en el que, al rigor científico inherente a la Historia, se le une una postura “militante contra el olvido” y, asimismo, contra las lecturas interesadas de la Historia.³¹

“Memoria contra historia, recuerdo contra relato, las cosas no siempre son claras ni los juicios definitivos. **Por buenas o malas razones, el deber de memoria se transforma a menudo (...) en sortilegio moral o en argumento partidista. Se convierte en una construcción política, asumiendo un papel en la formación de la identidad nacional, que se nutre tanto de episodios del pasado como de promesas del porvenir. La memoria deviene, así, un arma de lucha política**”.³²

Por todo ello, y con más razón aún, debemos ser conscientes de que, tal como advirtió Dominique Schnapper,

“**asumir el pasado, no todo el pasado, porque eso es imposible, pero sí aquel que de alguna manera gravita aún sobre el presente, forma parte de las condiciones que posibilitan la práctica democrática.** El debate colectivo sobre el pasado y el reconocimiento de las faltas colectivas son necesarios para fundar una verdadera democracia”.³³

³¹ ESPINOSA, Francisco. *Contra el olvido. Historia y memoria de la Guerra Civil*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 168-169

³² TOURAINE, Alain. “Memoria, historia, futuro”, en: BARRET-DUCROCQ, *Op.cit.*, pp. 211-212

³³ SCHNAPPER, Dominique. “La memoria en la política”, en: *Ibid.*, p. 80